

¡Felicidades, hijo!

Nací un 17 de febrero de 1943, justo el día en el que falleció mi madre. Mi padre tuvo que hacerse cargo de nosotros, así que trabajaba todo el día para que pudiéramos subsistir. Mientras él laboraba, yo tenía que quedarme con mis hermanas mayores, las cuales, aunque no me lo demostraban, me odiaban. Supongo que me culpaban por la muerte de nuestra madre. Por lo que podéis ver, no tuve una infancia muy feliz, aunque nunca me sentí desgraciado, ya que no solía darle vueltas a lo malo de mi situación, por lo que realmente no fui consciente de nada hasta que crecí.

Mi vida sucedió sin altibajos hasta mi cumpleaños número 12. Era el primer cumpleaños que celebraba, ya que en mi familia pesaba más la tristeza de la muerte de una madre, que el cumpleaños de un hermano o un hijo. Pero pasados 12 años, ya había pasado el tiempo suficiente como para que hubieran superado de una vez la muerte de mamá. Aquel día me desperté temprano, ya que estaba muy emocionado por mi aniversario. Mi padre ya me había anunciado que me había preparado una gran sorpresa, así que mientras bajaba a la cocina, ya me estaba preparando para recibirla. Cuanto más me acercaba, más se acrecentaba el aroma a bizcocho recién hecho. Lo único que me sorprendió fue no escuchar a mis hermanas discutir, pero lo pasé por alto, ya que existía la posibilidad que hubieran salido. Cuando llegué tampoco vi a mi padre, la cocina estaba vacía, lo único que pude vislumbrar fue un bizcocho humeante sobre la mesa. Rápidamente me dirigí al comedor, solamente para darme cuenta que allí tampoco había nadie. Decidí sentarme en el sofá a esperar, puesto que lo más probable es que hubieran salido a por algo de comer.

Pasaban los minutos y yo cada vez andaba más inquieto. Diez minutos, veinte, media hora... Cuando pasó una hora completa decidí dar una vuelta más por la casa, para mirar por las habitaciones donde no lo había hecho antes. Subí las escaleras, crucé el pasillo y me adentré en la habitación de mi padre. Con un movimiento rápido encendí la luz y lo vi tendido en la cama en una posición extraña, estaba tumbado boca arriba, con los brazos en cruz sobre su pecho y con una expresión bastante serena. Me acerqué cuidadosamente, y cuando estuve al lado lo llamé en voz baja, lo cual no ocasionó reacción en él. Lo volví a llamar suavemente mientras zarandeaba su brazo cada vez más fuerte.

—¡Papá!

Cada vez estaba más agobiado, mi padre no se despertaba y mi peor temor en aquel momento empezaba a cobrar vida. Decidí llevar mi dedo a su cuello para tomarle un pulso ya inexistente. Lancé un grito al aire y salí corriendo hacia la habitación de mis hermanas, solo para encontrarlas igual que mi padre. Me quedé helado, sin poder dar un paso, hasta que vi a una mujer acercarse lentamente hacia mí, con mi tarta de cumpleaños entre sus ensangrentadas manos, mientras entonaba de manera lúgubre el cumpleaños feliz. Yo me limitaba a mirarla horrorizado, ya que aquella mujer era exactamente igual a mi madre. En cuanto acabó de cantar, dejó el pastel sobre la mesita de noche de mis hermanas mientras extendía los brazos para que la abrazara y de repente, con una voz quebrada, exclamó:

—¡Felicidades, hijo!